

Luis Herrero

Los que le llamábamos

Adolfo



Este libro de Luis Herrero es, en sus propias palabras, «una humilde contribución a ese ejercicio conmemorativo» que tendrá lugar a propósito del 75 cumpleaños de Adolfo Suárez. Mucha gente le recordará por ese motivo. «Es cierto que Adolfo, gracias a Dios, aún no ha muerto, pero también lo es que, en sentido estricto, ya no está con nosotros. Ha elegido un modo extraño de despedirse».

Unas páginas apasionantes y cercanas que no buscan seguir alimentando las crónicas periodísticas y los manuales de historia, sino que invitan a una sobremesa de domingo en La Moncloa, a una tarde de confidencias regadas con *bourbon* en la Taberna del Cojo o a una partida de mus entre amigos. El lector será testigo de las agónicas horas que siguieron al golpe de Estado del 23-F en un valiente periódico de provincias y recorrerá a zancadas el despacho del presidente mientras repasa su discurso de investidura. Podrá saber algo más de un hombre que se encuentra ya camino a la leyenda.

Con una pluma incapaz de artificios e impregnada de indisoluble cariño, el autor recorre la vida de un Adolfo Suárez que desde su Ávila natal soñaba con ser presidente del Gobierno. El poder fue la pasión de Adolfo, pero fue también su herramienta para acometer lo que él mismo denominó «obra política que asombrará al mundo». En *Los que le llamábamos Adolfo*, Luis Herrero brinda su homenaje a una pieza clave de la Transición española a través de su mirada de periodista y con la sincera admiración del amigo.

*A mi madre,
la primera persona que apostó por él.*

AGRADECIMIENTOS

Debo y quiero agradecer la inestimable colaboración de Marta Galindo y Macarena Lora, sin cuya ayuda esto no habría terminado, por lo menos así.

PRÓLOGO

En el invierno de 1980 cayó en mis manos un libro que la periodista Josefina Carabias escribió sobre Manuel Azaña. Se titulaba *Los que le llamábamos don Manuel*. Era una mirada tierna, subjetiva, irónica, personal y poco pretenciosa sobre un personaje al que ella trató de cerca. El resultado, a mi juicio, era lo que en términos literarios se suele calificar como «un libro delicioso». Estaba bien escrito, con el único material informativo de la memoria. Era mucho más rico en anécdotas cotidianas que en disquisiciones históricas. La autora, en primera persona, relataba con naturalidad escenas minúsculas de las que había sido testigo en la vida del político alcalaíno. Lo que yo sabía de él era lo que me habían enseñado los libros de bachillerato. No gran cosa. Josefina Carabias, con su agudeza coloquial, me hizo ver a Azaña desde un prisma que no casa bien con los tratados de historia. Me lo enseñó de paseo por las calles de Madrid, en encendidas disputas banales en el Ateneo, en animadas tertulias de café y en la recámara de su casa, rodeado de amigos periodistas. Cuando acabé de leerlo hice el firme propósito de escribir, algún día, algo parecido sobre Adolfo.

La ventaja de Josefina Carabias es que entonces no se publicaban tantos libros como ahora. Mi desventaja es que sobre Adolfo se ha escrito ya hasta la saciedad. Todos los políticos que le trataron, amigos y adversarios, han escrito libros de memorias detallando todas y cada una de las conversaciones que mantuvieron con él. No hay amigo de la in-

fancia, conocido, colaborador o fantasma que no le haya contado sus recuerdos al puñado de periodistas que acometieron la tarea de escribir su biografía. Si se juntan todos esos retazos, desperdigados por los periódicos, las revistas, los libros de actualidad, las memorias políticas, las tesis doctorales y las leyendas boca a boca es posible tener una idea bastante aproximada de la trayectoria política de Adolfo, de su contribución a la hercúlea tarea de recuperar la democracia y de su impronta personal. Lo que yo pueda escribir no marcará, desde luego, un antes y un después. Nada de eso. No estoy al tanto de los secretos de Estado que aún puedan permanecer ocultos ni he sido depositario de confidencias explosivas o espectaculares. El libro no va por ahí.

Siempre pensé que escribiría estas páginas cuando Adolfo hubiera muerto, no sé por qué. Tal vez porque no quería que se enfadara al leerlo. No me cabe ninguna duda de que si lo hubiera podido hacer —leer este libro, quiero decir— me habría dispensado más de una mortífera mirada de desagrado por ver, negro sobre blanco, conversaciones que jamás se produjeron con el ánimo de ser publicadas. Adolfo nunca accedió a que yo le hiciera una sola entrevista, si exceptuamos alguna conversación radiofónica a vuela micrófono por razones de estricta y efímera actualidad.

El 25 de septiembre de 2007 Adolfo cumplirá setenta y cinco años. Y mucha gente, por ese motivo, le recordará. Este libro es una humilde contribución a ese ejercicio conmemorativo. Es cierto que Adolfo, gracias a Dios, aún no ha muerto, pero también lo es que, en sentido estricto, ya no está entre nosotros. Ha elegido un modo extraño de despedirse. Un día me dijo que estaba preparado para morir con las botas puestas. «Lo más probable —aventuré— es que yo salga de la política con los pies por delante, seguramente como consecuencia de un atentado terrorista». No ha sido así. Adolfo, sencillamente, está en otra vida, la de las sombras y los arcanos, la del limbo de los justos, la

del silencio por fuera. Allí es donde vive ahora: al otro lado del umbral de la conciencia, justo en el lugar donde se desvanecen los guerreros que nunca mueren y se forjan para siempre las leyendas.

Luis Herrero
Estrasburgo, 15 de Julio de 2007

Capítulo I

LOS AÑOS DE PRECALENTAMIENTO

Nada tiene de extraño que sus primeras palabras delante de mí fueran tan encendidas: «¡Qué guapo es! Tiene cara de ministro de la Presidencia...». No tiene nada de extraño porque en aquel otoño frío de 1955 yo ya era —gordito y calvo— el hijo recién nacido del gobernador civil para quien él trabajaba como secretario. Dadas las circunstancias, ¿qué otra cosa podía decir?

Adolfo siempre ha sabido la tecla que debía apretar en cada conversación para que su interlocutor se sintiera, durante unos instantes, el ser más importante del mundo. A mi madre le colmó de gozo la referencia a mi belleza neonata —¿qué madre no encuentra a su bebé recién nacido, por feo que éste sea, el ser más guapo del universo?— y a mi padre, supongo, le parecería atinada la referencia yuxtapuesta al Ministerio de la Presidencia, porque puestos a encontrar algún lugar clave en el Gobierno, ahí es donde se cuece casi todo lo que pasa por el puchero del poder. El propio Adolfo, muchos años después, acarició la idea de que su hijo primogénito recalara en ese puesto, al menos durante algún tramo de la segunda legislatura de José María Aznar. Quiso para mí, por lo tanto, lo mismo que más tarde iba a querer para su propio hijo. En un pispás, como quien no quiere la cosa, había halagado a mi madre, impresionado a mi padre y, de rondón, dejado un rastro que, pasado el tiempo, si yo era capaz de seguirlo, me devolvería

de él un recuerdo infinitamente agradecido. ¡Así era Adolfo!

He querido empezar de este modo para que el lector sepa desde el principio qué clase de libro tiene entre las manos. No pretendo ser justo y de sobra sé que, aunque lo intente, tampoco seré objetivo. Que no me juzguen, por lo tanto, ni los historiadores ni los eruditos. Este libro no va con ellos. Conozco a Adolfo o, mejor dicho, él me conoce a mí, desde el instante mismo en que vine a este mundo, lo que gracias a Dios sucedió en Castellón y no en Ávila. Como los dos ginecólogos más reputados de la provincia se disputaban el presunto honor de atender en el parto a la mujer del gobernador civil, éste, es decir, mi padre, decidió que para evitar monsergas lo mejor sería que yo naciera, como él, como su mujer, como sus dos hijos mayores y como la mayor parte de los ancestros familiares, en Castellón. Aun así, cuando mis hermanos mayores me querían hacer rabiarse me llamaban «chino abulense». Chino porque me costaba pronunciar el sonido fuerte de la letra erre, y abulense porque, aunque no nací allí, allí debería haber nacido.

Cuando Adolfo se enteró de que me sentía ofendido cuando me llamaban abulense me dijo que ése era el adjetivo más «fardón» —ésa es la palabra que utilizó— que nadie podía dedicarme: «Los de Ávila —me dijo— somos buena gente: recia, luchadora, sencilla, sincera y honrada». Desde entonces le tengo una profunda simpatía a Ávila, de la que, sin embargo, no guardo ningún recuerdo de infancia. Me fui de allí cuando aún no había cumplido mi primer año de vida. El único rastro indeleble de aquella etapa pregateante de mi existencia es una perforación de tímpano causada por el frío helador que debí de pasar durante el invierno.

Quise a Adolfo con la naturalidad con la que se quiere a las personas que están ahí, donde a uno le toca estar durante la infancia y la adolescencia. Nunca se me ocurrió investigar la calidad de los materiales de su manera de ser.

Jamás me pregunté cómo era con los demás, si bueno o malo, generoso o tacaño, amable o descortés, divertido o cenizo. Para mí era un hombre fascinador y con eso era más que suficiente. Además, mis padres le querían mucho —eso era patente, aunque nunca se hubiera hecho explícito en una declaración formal de la que yo haya sido testigo— y mis hermanos, sobre todo Fernando, el mayor de los seis, sentían por él la misma fascinación que yo. Con el tiempo, cuando me fue concedida una cierta capacidad de discernimiento, seguí queriéndole a pesar de sus defectos. Adolfo era un tipo de primera. He conocido a muy pocos como él, y eso que he tenido el privilegio de conocer más o menos de cerca a casi todos los protagonistas de la vida política de esta época.

Mis relaciones con él han estado sujetas a los altibajos habituales de cualquier relación humana. A veces he estado a cinco minutos de mandarle a hacer puñetas. Me ha hecho daño. Ha torcido el gesto al verme. Me ha puesto a caer de un burro ante terceras personas. Y yo a él. Aun así, la balanza se inclina del otro lado. Lo bueno sobrepuja a lo que no lo es.

Por lo que tengo oído, Adolfo, de niño, no sobresalía en nada, salvo en simpatía y encanto personal, que es lo mismo, me parece a mí, que decir que si sobresalía o no a casi nadie le importaba mucho. Nadie se paraba a juzgar si su compañía era buena o mala. Sencillamente se limitaban a desearla. Si por su madre profesaba Adolfo una tierna devoción, de su padre —un abogado simpático, aficionado al póquer y a las señoras— decidió heredar el carisma y el desparpajo. Era hijo de padres divorciados, aventurero y sociable. Un buen día se fue a Cuba en busca de fortuna, pero regresó pronto —sin haberla encontrado— al lugar donde su padre, gallego y republicano, se encontraba destinado como secretario del juzgado: Ávila. Se llamaba Hipólito, aunque «Polo» le llamaban casi todos, y cuando Ávila se le quedó pequeña, después de algún desbarajuste

económico que nunca he tenido ganas de investigar, puso tierra de por medio y se fue a Madrid sin mirar la inhóspita intemperie que dejaba atrás, donde se quedaban, su mujer Herminia y sus hijos Adolfo, Hipólito, Carmen, Ricardo y José María. Creo que fue entonces, en esa circunstancia, cuando Adolfo balanceó por primera vez la tentación más cómoda de quitarse de en medio y afrontó la exigencia ingrata de encarar la adversidad cubriendo el hueco que la marcha de su padre había dejado. Se aplicó a sí mismo el consejo que, más adelante, me dio muchas veces: «La vida siempre te da dos opciones: la cómoda y la difícil. Cuando dudes, elige siempre la difícil, porque así siempre estarás seguro de que no ha sido la comodidad la que ha elegido por ti».

Ésa fue la vara de medir que utilizó para colgar los hábitos religiosos que su imaginación le había hecho tomar por influjo de un curita persuasivo, don Baldomero Jiménez Duque, rector del seminario, que fue la persona que más influyó en su vida espiritual de la infancia. Años después también recibió la benéfica influencia de Jesús Jiménez Pérez, consiliario de Acción Católica en Ávila. Sus padres eran católicos de intensidades distintas. Hipólito tenía un vago sentido de la trascendencia, el justo para creer que la vida no se extingue con la muerte, pero no era demasiado proclive a las manifestaciones de piedad. Herminia, sí. Recitaba el rosario todos los días. Era una mujer recia, de mucho aguante, cumplidora y rezadora sin alharacas. En lugar de la vida religiosa, más contemplativa y plácida —una vida que a mi juicio no iba con él y que no le habría hecho feliz— Adolfo eligió finalmente la vida civil, más combativa y agitada. En ella se movió como pez en el agua. Pero no abandonó sus inquietudes religiosas. Fue presidente del Consejo Diocesano de Acción Católica y fundó la asociación De jóvenes a jóvenes.

No hay en su carrera académica ni galardones ni matrículas. Abundan, en cambio, las papeletas de «no presenta-

do» y los aprobados ramplones, apenas contrarrestados por un solo sobresaliente en Derecho Romano. Sin embargo, su capacidad para las grandes panzadas de estudio el día anterior a cada examen, y el don de saber lo que le convenía, vencieron a su falta de entusiasmo. Adolfo, alumno por libre de la Universidad de Salamanca, terminó la carrera de Derecho con la ayuda de Mariano Gómez de Liaño, magistrado de la Audiencia Provincial, que accedió a darle clases particulares. Tenía Adolfo entonces veintitrés años.

Antes de abogado, además de cura, había querido ser actor, torero, boxeador y futbolista, lo que demuestra que era un niño perfectamente normal con las inquietudes típicas de casi todos los niños normales de la España de su tiempo. Su demarcación en el campo de fútbol cambió un par de veces. Era un jugador polivalente. De extremo derecha en el Dinamita de Ávila pasó a jugar de defensa en el Deportivo de La Coruña. No lo hizo mal en ninguna de las dos posiciones, y estuvo a punto de convertirse en jugador de la cantera coruñesa, pues como su padre era de allí, Adolfo y sus hermanos iban todos los veranos para estar con sus abuelos.

No se le conoce más novia, antes de su matrimonio, que Sonsoles Sánchez Bermejo, hija de los dueños de la mejor pastelería de Ávila. Sin embargo, su tío Paco dejó dicho que una vez, a los dieciséis años, casi le sacan un ojo por haberle birlado la chica a otro mocito de El Tiemblo: «Era una chica muy mona, hija de alemán y de española. Adolfo, que tenía unos conocimientos rudimentarios de boxeo, le pegó una paliza [al novio]. Por la tarde, o al otro día, no lo recuerdo, una pandilla lo esperó y alguien le pegó la pedrada».

También está acreditado su coqueteo con el mundo de la interpretación. Es sabido que fue extra en la película *Orgullo y pasión*, rodada en Ávila por Stanley Kramer. También formó parte de una compañía juvenil de teatro. A pro-

pósito de esa circunstancia recuerdo una anécdota significativa. Ya era presidente del Gobierno y andaban todos los periódicos a la caza y captura de testimonios biográficos que llevarse a la boca. Un día, Antonio Herrero —que trabajaba en la sección de reportajes de Europa Press— me dijo que tenía unas fotos de Adolfo, junto a unas chicas muy monas, durante una función de teatro juvenil. Yo se lo comenté a Adolfo, pero él me objetó que eso era imposible.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque en aquella época —me dijo— no nos dejaban actuar con chicas. Para los papeles femeninos nos teníamos que disfrazar.

La interpretación más celebrada por las personas que le recuerdan sobre las tablas de un escenario fue la del protagonista de *San Tarsicio*, una obra que no tenía papeles femeninos y que fue llevada a escena en Burgohondo, el pueblo natal de su amigo Aurelio Delgado, más conocido como «Lito», que con el tiempo se convertiría en su cuñado cuando se casó con su hermana Carmen. Yo creo que la afición de Adolfo por la interpretación marcó en buena medida su manera de ser. No se me ocurre otra influencia capaz de justificar la importancia que le dio siempre a la puesta en escena. La cuidaba tanto como el contenido de cada situación.

Adolfo y Lito se conocieron a los diez años, pero no formaron parte de la misma pandilla hasta que, un día, Aurelio apareció subido a una bicicleta azul recién estrenada y se topó con el grupo que lideraba Adolfo. Adolfo le dio el alto.

—¿Dónde vas? —le preguntó.

—A dar un paseo para probar la bicicleta que me acaban de regalar —respondió Lito.

—Pues de aquí no pasas.

Era la versión infantil del «conmigo o contra mí» que Adolfo perfeccionaría después con técnicas más depura-

das. Lito no tuvo más remedio que aceptar el liderazgo de Adolfo para seguir disfrutando de la bicicleta. Tiempo después fueron juntos a disputar un partido de fútbol a Burgoondo contra el equipo local. Enseguida quedó claro que la victoria no se la iba a llevar quien mejor jugara, sino el que menos se arrugara ante la leña del contrario. El encuentro acabó como el rosario de la aurora. «¿Pero a dónde nos has traído?» le preguntó Adolfo a Lito mientras corrían delante de los indígenas que querían vengar la moradura de un compañero.

Al final, como se sabe, no fue torero —aunque sí lo es su hijo, heredero de aquella querencia— ni futbolista —aunque lo quiso fichar el Depor— ni boxeador —aunque su tío Paco le enseñó los rudimentos— ni actor —aunque sintió pasión por las tablas—. Al final fue político. Y desde muy joven lo tuvo claro. No era infrecuente que dedicara libros a sus amigos firmando como futuro presidente del Gobierno.

Hace poco, cuando vencí mi resistencia a escribir este libro, hablé con mi madre y le pregunté si aún guardaba algún recuerdo más o menos desconocido de Adolfo. Después de todo, fue ella la que más le insistió a mi padre para que atendiera las sugerencias de Mariano Gómez de Liaño y José Luis Chirveches y contratara a Adolfo como jefe de la Sección Primera del Gobierno Civil. Ante mi pregunta se quedó pensativa durante unos instantes y luego negó con la cabeza.

—No me acuerdo de casi nada, hijo —dijo mi madre, que tiene ochenta y cinco años—. Sólo te puedo decir que era un chico fenomenal. Y muy educado. Cuando tu padre y yo paseábamos por Ávila cogidos del brazo y nos encontrábamos con Adolfo a la salida de misa, él se bajaba de la acera, nos cedía el paso y nos saludaba con muchísima educación.

—¿Y no te acuerdas de nada más?

—No... Bueno, lo que yo sé es que Adolfo tenía una cosa muy buena: nunca ocultó que le gustaba el poder. Siempre dijo que quería llegar a ser presidente. Otros lo desean y no lo dicen, pero él creía que no había nada malo en desearlo. Y siempre fue muy sincero. Sabía que el poder permite hacer cosas muy buenas por los demás.

También le pregunté por la relación de Adolfo con su padre, pero no recordaba nada especial aparte de lo que es de dominio público: que las relaciones entre ambos no siempre fueron buenas. En realidad habría que decir que fueron francamente malas. Algunos meses después de que mi padre abandonara el Gobierno Civil de Ávila, Adolfo decidió irse a vivir a Madrid para seguir avanzando en su carrera profesional y recomponer, de paso, la relación con su padre, rota desde que éste abandonó el hogar familiar. Al principio las cosas no fueron mal. Padre e hijo trabajaron juntos durante algunos meses. Las buenas expectativas permitieron que su madre y su hermano Hipólito se les unieran en Madrid. Adolfo vivía en una pensión. Los demás, todos juntos, en un piso de la calle de los Hermanos Miralles. Para pagarse la pensión fue maletero en una estación, no sé muy bien si en la del Norte o en la de Atocha, hasta que a mi padre lo destinaron a Madrid como delegado nacional de Provincias. Mi madre volvió a interceder por él y mi padre lo nombró jefe de su secretaría particular. Antes de subir al despacho de mi padre para escuchar su oferta se dio un paseo con Aurelio Delgado, ya su cuñado en ciernes, por la plaza de Colón. Adolfo dudaba si debía aceptar o no. Lito le animaba. Cuando ya le hubo convencido, Adolfo dijo:

—Pero no puedo ir a verle.

—¿Por qué? —le preguntó su amigo.

—Porque tengo rotas las suelas de los zapatos y daré una imagen pésima —respondió él, acreditando una vez más la importancia que le daba siempre a las puestas en escena.